





LOS  
**IN-**  
**SOSPECHABLES**



## PELOURINHO

LOS  
IN-  
SOSPECHABLES

DIRECCIÓN LITERARIA  
Philippe Ollé-Laprune

DIRECCIÓN EDITORIAL  
Rodrigo Fernández de Gortari

COORDINACIÓN EDITORIAL  
Luis Ernesto Nava Buenfil

DISEÑO DE PORTADA E INTERIORES  
Tres laboratorio visual  
Jorge Brozon | Rafael Rodríguez

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL  
*Pelourinho, 1995*  
© Éditions du Seuil, 2013

DE LA TRADUCCIÓN: Paula López Caballero

COTEJO DE LA TRADUCCIÓN: Claudia Itzkowich Schñadower

D.R. © 2013 Vanilla Planifolia, S.A. de C.V.

ISBN: 978-607-95650-8-46

[www.vanillaplanifolia.com](http://www.vanillaplanifolia.com) | [info@vanillaplanifolia.net](mailto:info@vanillaplanifolia.net)

Se autoriza reproducir, transmitir, comunicar o almacenar el contenido de esta publicación, siempre y cuando se cite la fuente de la que se obtuvo.

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO | PRINTED AND MADE IN MEXICO

PELOURINHO

TIERNO MONÉNEMBO

TRADUCCIÓN | PAULA LÓPEZ CABALLERO



# ÍNDICE

<u>CAPÍTULO I</u>	<u>15</u>
<u>CAPÍTULO II</u>	<u>33</u>
<u>CAPÍTULO III</u>	<u>51</u>
<u>CAPÍTULO IV</u>	<u>65</u>
<u>CAPÍTULO V</u>	<u>87</u>
<u>CAPÍTULO VI</u>	<u>105</u>
<u>CAPÍTULO VII</u>	<u>117</u>
<u>CAPÍTULO VIII</u>	<u>133</u>
<u>CAPÍTULO IX</u>	<u>147</u>
<u>CAPÍTULO X</u>	<u>155</u>
<u>CAPÍTULO XI</u>	<u>167</u>
<u>CAPÍTULO XII</u>	<u>173</u>
<u>CAPÍTULO XIII</u>	<u>181</u>
<u>GLOSARIO</u>	<u>187</u>



Para Pierre Verger  
Para la gente de Bahía



*En las ciudades  
Todas las personas se parecen  
Aquí no:  
Cada quien tiene su propia alma  
Cada criatura es única  
Incluso los perros.*

MANUEL BANDEIRA



## CAPÍTULO I

AHORA QUE HAS MUERTO, ESCRITORE, LO ÚNICO QUE ME queda es calcular el costo de mi distracción. Nunca tendré la fuerza suficiente para reponerme del golpe. Mira nada más el andrajo en que se ha convertido esta persona, un harapo hecho y derecho, ahora sí, que va mordiéndose las uñas de una *ladeira* a otra sin saber qué inventar para expiar su falta. ¡Qué rabia! ¡*Putá la vida!*\* Además de todo, también tenía que beberme este trago amargo, el remordimiento por el asesinato de un amigo. Confiesa que eso no habría sucedido si desde el principio hubieras tenido la precaución de evitar mi compañía. No había más que leer en mi cara que no soy de quienes traen suerte. Entiendo las razones que te trajeron de tan lejos pero, ¿qué quieres hombre? Nunca he sido tan amigable como para atraer parentela. Soy mal amante, sólo ocasiono problemas. En cuanto percibo una luz esperanzadora, ¡paf!, se convierte en una trampa. ¿Quieres una prueba? Tú que querías servirme de ancestro y guía no me has dado más que dolor. Siempre ese efecto de la mala estrella, pero además esa terrible obsesión con el ancestro Ndindi que terminó, reconócelo, por dañarte el cerebro. En fin, ya se verá qué me reserva el mañana. Por lo pronto, tengo que detenerme un momento para sacudir sótanos y desvanes, poner un poco de orden en mi desastre de existencia. Aunque me entusiasma más vivir como hasta ahora que recibir la hoja dentada de un chuchillo en medio del pulmón.

Nada nuevo bajo el sol: no aparecen más gringos que cuando todavía estabas aquí. Puede verse la misma bandada de

\* En español en el original.

lechuzas desplomarse sobre la catedral al caer la noche. Y, por supuesto, llueve, sopla el viento igual que antes sobre las pendientes recortadas en terrazas que bajan de Federação. Sin embargo, si te detienes un poco a observar, hay una o dos cosas que han cambiado. Si volviera a ver tu cara de pocos amigos —*meu pai*, si pudiéramos negociar nuevamente bajo el fuego de una *pinga*— te diría que el mal de Mãe Grande ha empeorado. Samuel dejó su cabaña del Barbalho, ahora ase- dia las cimas de los árboles y los techos de las iglesias. En medio de la noche grita que nadie encontrará la salvación antes de que el reloj de la Piedade haya ardido en llamas. Han derribado los flamboyanes centenarios que dominaban la Praça da Sé. Te gustaba ir ahí a soñar despierto, con tu libreta roja en la mano. Imagínate lo que pusieron en su lugar: ¡una estación de autobuses que linda con la catedral!

A cambio —¡qué vueltas da la vida, mi difunto Escritore!—, Manchinha ya no me trata con frialdad y hoy a nadie se le ocurre rechazarme cuando cruzo el umbral del *barzinho* de Preto Velho. Además, rara vez transcurre más de una hora sin que vuelva a abandonarme a la sombra de tu recuerdo. Me siento en la misma silla negra de madera de jacaranda, pintada así por descuido, a menos que sea cierto lo que cuenta Samuel: ese color es el de los pecados que des- pojó de su alma, por medio del arrepentimiento.

De la plaza llega un enorme coro de rumores. Algunos afir- man que es culpa tuya que todo esté de cabeza, otros preten- den que no. Pero muchos coinciden en decir que si debiésemos imaginarte de cualquier otra manera que sobre tus dos pies, serías el *oxé* de Changó, ese loco dios que te derriba con su aliento, convencido de que es por tu propio bien. Seguro que a ellos también los dejaste atónitos con tus historias de negreros y tu maldita impaciencia. La verdad, nunca me confesaron qué pensaban de ti ni si, como a mí, los habías transformado; o si se habían quedado igual que antes de que llegaras por acá, a hablarnos del misterio de la *figa* y de la extraña tribu de los hombres que el árbol mató.

Tu muerte dejó a Preto Velho muy melancólico, dice que todas las lágrimas de una viuda no le bastarían para llorar tu ausencia. Sigue siendo encabronadamente el mismo: versátil y orgulloso de su torso desnudo. A cualquiera que se aparece por su *barzinho* le repite su estúpida máxima: “La ropa —y que alguien se atreva a contradecirme— es la primera de las mentiras. ¿Para qué sirve un cuchillo que nunca se desenvaina?”. Cada vez me cuesta más soportar su pelambre blanco y su jeta de saimiri cuando me jala del cuello para reclamarme la deuda que se supone tengo con él y que nada más él recuerda. No sirve de nada que el maestro Careca o Rosinha le aclaren las ideas: “¿Qué deuda, Preto Velho? ¿esta botella de *cravo*? A ver Preto Velho, pero si tú se la regalaste el día que enterraron a ese pobre Africano, a aquel exquisito Escritore, ¡deberías acordarte, Preto Velho!”. Y entonces se acuerda y llora; llora y busca entre las botellas el frasco de Natu Nobilis que destapa mientras expulsa un furioso escupitajo: “Sí, sí, ¡el Escritore! ¡Ah!, Traíganme sus vasos, yo invito los tragos. Estoy dispuesto a perdonar todo ante el recuerdo de un hombre como aquél”. Pero tendría que ocurrir un milagro para que, una semana después, no se me echara encima por un vaso de *pinga* o un plato de *caruru de xinxim* que supuestamente le robé una década antes.

Está bien, pues, que me patee el culo, que me despedace, que me humille si eso le alivia la existencia. Yo me he hecho un nuevo propósito: nunca confrontarlo, debido a su avanzada edad y a su imprevisible ferocidad. Es más, si todavía estuvieras por aquí, verías la máscara de prudencia tras la cual me oculto. Hoy llevo una vida de subordinado, de un pequeñísimo y mudo subalterno; tan insignificante, tan mudo que parece más idiota que el mueble en el que se sienta. En realidad, este pedazo de madera vieja sí puede jactarse de tener una historia. Tú le dabas cierto aire de trono cuando te sentabas en él, en cambio yo... Me tomé la libertad de moverlo uno o dos metros del escalón que lleva al baño y ponerlo cerca del nicho del muro donde están colocadas las máscaras. Me gusta ver de frente la cocina para burlarme de

Rosinha y, por el cristal superior de la puerta, recibir en primer plano la animación de la Rua Gregório de Matos. A ti no te molestaba el infecto olor del baño, mientras tuvieras ante ti los garabatos de Careca, en quien creías encontrar a un genio tímido o injustamente desconocido. Por cierto, si siguieras vivo te habrías decepcionado. Careca ya no pinta nada. Dice que más vale poner sus pinceles al sol que regalar sus obras maestras por unos cuantos cruceiros. Preto Velho contesta que no le importa, que ya está cansado de ver en sus paredes los desastres de ese pobre pintor de brocha gorda. En el Carmo, se dice que en realidad lo que sucede es que Careca nada más se hace el loco, que dice eso porque quiere preparar a la gente para que reciba, sorprendida, la gran obra maestra de su carrera: un cuadro gigantesco con Janaina posando como sirena (según algunos, como *madonna*). La clase de chisme, ya te imaginas, que nadie osaría anunciarme cara a cara. Si lo que dicen es cierto, no sé qué le haría. Tú me conoces, sabes que puedo ser una fiera, capaz de hacer mucho daño si me crisan los nervios.

Aunque tal vez sería mejor que fuera verdad lo que cuentan los pordioseros de Janaina: recostada sobre una tela o un círculo de tierra, inspiración del artista, con un liguero de golfa o con un largo sayal de monja. Así sería más fácil hacernos confidencias, en vista de que Mãe Grande se queja de que somos un par de viejas cotorras de feria a las que se les ha pedido narrar el Diluvio —obviamente antes de que empezara a ponerme mala cara. ¡Bah! Prefiero encomendarme al tiempo en lo que respecta a Janaina. Te vas a reír Escritore: aun cuando me emborracho y estoy muerto de hambre, mi primera preocupación es Juanidir. ¿Será posible recordar a Juanidir desde el otro mundo? Si ya desde aquí no es fácil. Por eso, decidí rendirme ante la evidencia: de cerca o de lejos, ese hombre es de otro mundo... Palabra, Juanidir, no has parado de sufrir. ¿Por qué tenías que legarle tu casa a la asociación de bomberos? No te preocupes, Escritore, no le estoy hablando a él. Me hablo a mí mismo por miedo a tragar moscas y para escapar de todos esos idiotas que me miran

de reojo mientras suben la Rua Gregório de Matos... Ah sí, entonces, ¿por qué no a mí? ¡Despreciar el carnaval y andar jugando a los eremitas como si tú también, Juanidir, vinieras de Benarés! La vida no es un baile de disfraces: la regla es interpretar lo que eres realmente. Por más que sólo lleves un paño de manta y empuñes tu bordón de noche y de día, seguirás siendo Juanidir. Tenías un *lanchonete* en la *ladeira* de la Praça donde vendías *papiocas* y jugo de *mangaba*. Omolú, que te odiaba, te pasó una buena tifoidea. ¡Regresa Juanidir! Nadie va a reclamarte que hayas confundido una crisis de misticismo con una crisis de fiebre. Todos te conocemos aquí. Tenías la audacia de un verdadero hijo del barrio\* y ese magnífico *sobrado* en la colina de Federação. Juanidir Peri do Nascimento: tu corazón era tan bueno como el sabor de tus *papiocas*. Ahora, has cambiado mucho, ya ni siquiera abres la boca. Todos ustedes, Filhos de Gandhi, son como una flor en el hocico de un perro. Por más que sueñen con el Ganges, nunca irán más allá del nido de cangrejos del Rio Vermelho. Te quiero, Juanidir Peri do Nascimento do Carvalho. Pero tú, ¿todavía nos quieres?: ¿a mí, al Carmo, al sabor del Pelourinho, a nuestra rica *pinga* regeneradora y ancestral?...

¿Has notado, Escritore, que siempre está solo, aun entre sus fieles? El día de su fiesta, se queda como a una legua de distancia de los otros para derramar en la plaza las ofrendas de leche, de pan de maíz y de tapioca. ¡Ay *meu pai!* Su silueta sobre las *cabessas negras*, delante de la iglesia de Nossa Senhora do Rosário dos Pretos... O tal vez a sus fieles les gusta dejarlo solo —como en este momento, que está pataleando delante de la Casa dos Filhos de Gandhi—, pues el diablo —es una posibilidad— les ha robado la llave. Qué triste es todo esto, Escritore, sobre todo porque sigo de luto por ti, ¡sin contar que cargo también la culpa de tu asesinato! Y esa bestia de Juanidir, ¿de verdad es tan ajeno a lo que te pasó? Ya te lo he dicho, Escritore, ese hombre no tiene nada que ver con los alborotos de aquí abajo. Una

\* En español en el original.

lamia tal vez, aterradora, moldeada en la desgracia. No tengo ninguna razón para agobiarlo, sólo digo que andaba arrastrando su fantasma por aquí la primera vez que te vi: “no sale más que los días de infortunio”. Ahora entiendo el porqué de ese rumor...

Todo sigue aquí en mi cabeza, tan plausible como el vaso en el que bebo. Venía de regreso de Barra, luchando a tal grado contra un insoportable presentimiento que tuve que dejar pasar uno o dos autobuses para ir a interrogar al mar. Apreté amorosamente mi amuleto de hilo blanco, decidido, de una vez por todas, a aclarar las cosas con Yemayá. “Sobre todo, haga que sea una buena noticia. No le reclamo nada, pero me veo obligado a decírselo: ¡piense en mí también! Mire nada más cómo están vacíos los hoteles. ¡Otra mañana para nada! Nada más mire la semana pasada: no tuve más que tres gringos tacaños que pesqué en el *largo* de Mariquita. Y me costó mucho trabajo llevarlos al Mercado Modelo. Déme, ahorita, en cuanto me voltee, un buen grupo de escandinavos. Si no, voy a terminar creyendo que usted es una diosa buena para nada. Estoy seguro de que algo hará para que no llegemos a ese punto”.

Media hora más tarde, estaba quebrándome la cabeza en esa Rua Alfredo de Brito, diciéndome: si acaso se le ocurriera ignorar mi advertencia estoy acabado. Tú me conoces, Escritore, no soy adepto de la mojigatería, pero tengo que confesar que ese día más bien sentía vergüenza de mí mismo. No, no era yo el que se arrastraba sobre la pendiente de la Rua Alfredo de Brito, sino otra persona. O tal vez lo que pasaba es que ya no tenía la misma estatura ni los mismos pómulos en la cara. Sentía que me estaba convirtiendo en el juguete de una cábala socarrona de la cual varios detalles, que no vi venir, me revelaban desde hace poco la existencia. Por más que frecuentara las iglesias o embaucara a Yemayá, en cuanto veía a uno, ya estaban ahí todos: diez cazadores tras un conejo, ¿dónde quedó entonces la justicia divina? Sin embargo, comparado con ahora, ése me parece

el tiempo de las vacas gordas. Aún venían algunos alemanes, aunque es cierto que sobre todo para esconderse en algún rincón de las islas y, decían esos cabrones, escapar de los *ladrões*. Con los estadounidenses ni siquiera podías contar, se habían ido al Caribe desde que esos piojosos de Santo Amaro difundieron el cólera como si, por Dios, estuviéramos en Perú. Así es, Escritore, no vi venir nada. Seguía instalado en los fastos de antaño y de pronto me cayó enterita la desgracia, como lluvia fuera de temporada. Con mis amigos, rentaba barcos e íbamos a divertirnos al Rio Paraguaçu, ¡a Cachoeira, a Maragogipe! Podía durar días y días. Aquella banda de suecos, por ejemplo, que conocí en el Pitubá Praia Hotel, a los que llevé a Ilhéus, me regalaron una Polaroid nuevecita... Llegaste en mal momento por culpa de Juanidir. Habrías visto que yo no era la larva que conociste. Antes, me atiborraba de mariscos, me emborrachaba con champaña. No aceptaba nada que no fueran dólares o marcos, salvo para hacerles un favor. Lástima que sólo hayas conocido la época de los hoteles vacíos, las deudas y los falsos amigos. Aunque todas esas penas no tienen mayor importancia desde que Juanidir está de tan mal humor y Mãe Grande, tan enferma.

Juro que no hay nada peor para desnaturalizar a un ser que los problemas. Iba, entonces, cuesta abajo por la Rua Alfredo de Brito y nadie me saludaba. En ese momento, debía parecerme a ese pobre Hipócrates, cubierto de cáscaras y mierda de pájaros bajo los tamarindos de lo que fue, no hace tanto tiempo, la facultad de medicina más antigua de toda América Latina. Por supuesto, eso fue antes de que el doctor Martins llegara a joderme a mí y a las duras leyes de la medicina, *meu pai*, cuando la ruina cae sobre un lugar no perdona a nadie... Así pues, estábamos Hipócrates y yo, el doctorcillo griego que trajeron para hacernos reír a los loros y a mí, la descendencia de los esclavos que sólo sabe reírse de todo. El tiempo es muy péfido: puede en una mañana someter tu esqueleto al peso de un siglo de vida. Mira, por

ejemplo, el pie de Mãe Grande: se puso en lo que se rezan dos padrenuestros dos veces más gordo que una bestia. Todo esto me venía yo diciendo, Escritore, mientras bajaba como un desecho la Rua Alfredo de Brito. No me gusta mucho quejarme, pero como tengo que contarte todo, la verdad, prefiero pensar en el infierno que en esa experiencia. Mi corazón debía parecerse a ese desdichado Hipócrates, mientras pisoteaba las *cabessas negras* de la Rua Alfredo de Brito: todo cortado, cubierto de pelo y con un nubarrón de luciérnagas muertas. Muy lejos estaba de suponer que, un poco más abajo, me esperaba el que la suerte había elegido para cambiar mi destino... Para ser honesto, lo que lograste fue tambalear mis convicciones.

Me estabas esperando, por así decirlo, comiendo cocadas entre la puerta del Novo Tempo y la Casa dos Filhos de Gandhi. Traía el estómago por los suelos, caminaba bajo el efecto del vértigo. Te lo repito, Escritore, ya no me sentía el mismo: forastero o *djinn*, no había nadie que me reconociera. En el *terreiro* de Jesus, en el *largo* del Pelourinho, nada, ni los buenos días ni un regaño. Nada más que la sucia indiferencia de los muros. ¿Los hombres?, ¿aquellos que consideraba mis hermanos, mis pilares, que eran mi brújula en esta plaza de torturas que nos vio nacer? Todos fríos y lejanos del otro lado de un muro hecho de egoísmo. Cuando estás en problemas, no hay nadie que cante tus alabanzas o te ponga, de pura casualidad, un pistachito en el pico, ni el barbero Paolino, ni siquiera el dulce maestro Careca.

Entonces, sin querer, estaba delante de la casa de Manchinha, más valía eso que regresar a la casa sin un centavo partido por la mitad en la bolsa. Ése no era el tipo de medicina que curaría la gangrena de Mãe Grande ni la neurosis de Janaina. Y entonces, ¿qué hago? Como si fuera posible olvidar la pequeñez de alma de Manchinha, ahí me tienes diciéndole a ese viejo pecarí que dormita delante de su puerta:

—Manchinha, si valieras algo me darías un platito de *lombo de boi*, y yo te devolvería tu dinero cuando tenga mejores días.

Y él, que ni siquiera tiene la amabilidad de levantar la cabeza o abrir un ojo:

—No haré nada de eso. Nunca habrá nada *mejor* en lo que a ti respecta. Aun si aprendieras a trabajar en vez de andar pescando gringos, que de por sí ya ni vienen. ¿Y quién los corrió? Tú mismo, tu mala suerte y tus aires demoniacos. ¿Quién ha atraído a las ratas, hundido a Janaina y transmitido a Mãe Grande esa enfermedad inédita de la que nunca se levantará? ¡Tú! No hay que esperar nada bueno mientras sigas entre los vivos y, ya que hablas de dinero, devuélveme el que me pediste prestado durante el carnaval del año pasado.

—¿Ah sí? ¡Púdrete de una vez por todas, Manchinha, jeta de *tamanoa*! Dinero tengo en mis bolsillos, pero es para comprar las hierbas de Juvenal y aliviar a Mãe Grande. En cuanto a Janaina, acostúmbrate a no pensar en ella, se ha olvidado de ti, igual que de sus migrañas de infancia.

—Deberías irte. ¿Quieres que llame al comisario Bidica? Nunca se sabe, tal vez hasta estás involucrado en el lío de Engenho Velho de Brotas.

El perro se había puesto a gritar y yo veía en la ventana de la tienda de antigüedades a la imbécil de Iara, cuyas mentiras hacen estragos hasta la ciudad baja. Rápidamente me deslicé por la pendiente del callejón para volver a salir a la Rua Gregorio de Matos. En la escalera de la entrada de la Casa de Jorge Amado ya había gente levantando una tarima y arreglando el sonido. En ese tiempo, no me atrevía a entrar al lugar de Preto Velho, sobre todo porque había entrevisto por el marco de la puerta su torso disuasivo y su pipa turca. Atravesé a grandes pasos y semiconsiente el *largo* del Pelourinho, atraído por las brochetas del Kalundu y el sabroso humo del restaurante Sempac. El gentío apresuraba el paso, jovial; yo, no tenía otra cosa que hacer más que torcerme el pie en las *cabessas negras*. Dos o seis veces por minuto, echaba un ojo a la nave de la iglesia de Nossa Senhora do Rosário dos Pretos, diciéndome sin cesar: “¿Seguirá con vida? A medianoche, a medianoche”. Según

Juvenal, si sobrevivía hasta medianoche los días de la *Benção*, podía contar con otra semana de tregua, incluso veinte o más días, según su suerte, mi pobre Mãe Grande. Me persigné para creer mejor en cada uno de los latidos de mi corazón.

Por instinto, volví a tomar la Rua Gregório de Matos, seguramente con la intención de ir a husmear en los basureños del Maciel o, en el estado en que me encontraba, tirarme al vacío desde la vertiente del Elevador de Lacerda. Por tratar de evitar a Juanidir, a quien no puedo soportar desde que se volvió hinduista, te vi: buen porte, sonriente, atónito en medio del gentío. Qué terribles fueron las consecuencias de que cayeras como un novato en mi trampa:

—*¿Faze um favor, você conhece onde esta Rua do Alvo?*

Aunque lo hubieras dicho tan bien como alguien de la Piedade, habría sabido de todas formas que no eras de aquí. Algo en el tono, en el sabor de las sílabas, algo extraño, para nada de aquí. Menos insufrible que la jerga de los yanquis, pero más gutural que si viniera de Aracaju o de São Paulo. Mala suerte, Escritore, no eras un gringo de verdad, pero un poquito sí:

—*Muito quente. ¿Uma cerveja? ¿Você quer beber uma cerveja?*

Me quedé helado. Normalmente soy yo el que hace ese tipo de propuestas. Estábamos a un paso del *barzinho* de Preto Velho. Desde los corredores de la muerte, ¿te acuerdas con qué audacia lo empujé ese día?

—Deja pasar Preto Velho, tengo un cliente de calidad.

Ello bastó para que su pipa se le cayera de la boca. Por un instante, pensé que iba a decidirse y echarme, pero no hizo nada; dio media vuelta suavemente, te miró y luego volteó a ver a Rosinha. Sin duda estaba implorando ayuda, de tanto que mi entrada lo había desconcertado. Habría querido que nos sentáramos cerca del billar; tú escogiste esa silla negra de madera de jacaranda, acomodada con las de mimbre, alrededor de la mesa extensible. Rosinha se acercó

para disuadirnos por lo de los vapores del baño. Ni siquiera la escuchaste, preferiste levantar la cabeza y silbar de admiración frente a la obra del maestro Careca. Y yo, en tales circunstancias, no le busco tres pies al gato, voy directo al punto:

—Un caldo de *sururu* y dos cervezas para empezar, *dona* Rosinha, y después, se lo aseguro, comeremos algo más.

Rosinha, cobarde, se había volteado hacia el viejo para recibir una orden.

—Sí, sí Rosa, haz lo que te dice, masculló desde el vano de la puerta el mozambiqueño venerable y azulado de tan negro, ¡un verdadero icono de vitral! Eh, Rosinha, *minha*, ¿qué quieres que haga? Hoy es mi día: ni un solo gas de cólera o de odio aquí, en este vientre de Preto Velho mientras estoy hablando. Sírvales a los dos mientras pueden. Ya sabes que no durará para siempre. Mañana, quién sabe, ya habré recuperado el vigor. Volveré a ser el que soy realmente, la antorcha de mala madera que la Negra\* de Mozambique quiso traer al mundo. ¿Y por qué Rosinha? Pues porque así me gusta.

Pero, ¡cuánto me hiciste esperar antes de ofrecerme, finalmente, ese *xinxim de galinha* que tanto me hacía soñar! A través del cristal, me divertía, como lo estoy haciendo ahora, con el ir y venir de Juanidir en la banqueta de enfrente. Pienso en todo eso, Escritore, y siento que una grieta se abre en mí, en ese mismo corazón al que tanto te gustaba llamar de madera muerta. Detesto someterme o entristecerme ante la amenaza de la existencia. Sin embargo, siento una grieta más ancha que un valle nacer desde lo más recóndito de mi alma y engullir mi razón. Tendré que irme acostumbrando a olvidarte un poco, hombre...

Ahí esta ese Juanidir al alcance de la mano, como cuando tú estabas aquí. Bastaría con atravesar el vidrio, espantar a las

\* En el original *négresse*, peyorativo racial. En adelante, este uso se indicará en mayúsculas: Negra.

moscas y alejar, como se debe, algunos montones de basura, para tocar sus quevedos. El mismo Juanidir, con su bastón de iluminado y su estola de algodón, agazapado y repulsivo, como si fuera un absceso en el codo de la calle. Digo “el mismo Juanidir” para simplificar. Desde que te fuiste he dejado de contabilizar el tiempo. Además, se compró unos quevedos, iguales a los de su ilustre doble. El ras de su cráneo se cubre poco a poco de arrugas de Mahatma. Pues sí, hombre, por lo menos una temporada ha transcurrido y una nueva capa de polvo ha cubierto, desde entonces, la Iglesia de São Francisco. Las inmundicias de la Rua do Alvo rebasan, hoy, la altura de dos plataneros. Ahora soy yo, pobre Escritore, quien hace de rey en la silla negra de madera de jacaranda. Pero aún sigo oyendo la rabia con que nos hablabas del misterio de la *figa* y de la extraña tribu de los hombres que el árbol mató.

Estoy viendo a Juanidir. Parece cada vez más una estatua. Ha caducado, está más allá del tiempo, como ese pobre griego Hipócrates, que lucha contra la eternidad bajo los tamarindos. Así que él también estaba ahí, cuando, por primera vez, me cortaste el aliento con tus extravagancias. Navidad o Epifanía, siempre está ahí, ese Juanidir. Tú, un poco menos ese día, dado que estabas arrobado por el mundo de *caatinga*, orisha y los búfalos, es decir, el mundo de Careca. Aproveché para apurar a Rosinha:

—Rosinha, si fueras amable me pondrías un hueso con tuétano para terminarme este *xinxim*. Y luego tráenos de beber y ve pensando desde ahorita en el postre que voy a comerme. Mmm, *combucas de goiaba* con mucha salsa de caramelo. Sin alegar, por favor, Rosinha. Después, déjanos tranquilos, tenemos cosas que hablar. Entre hombres.

—Mãe Grande va a morir mientras tu estás aquí, exprimiendo a mis clientes. Vas a terminar como un renacuajo, en el desagüe del Carmo.

Más valía eso, que fuera Rosinha quien me presentara, que supieras de una vez por todas a qué atenerte en lo que a

mí respecta... Luego te hablé del mercado São Joaquim, la iglesia de Ajuda, las islas, las favelas, la magia de Itapõa, te pedí que escogieras. No, no querías nada, no eras un turista.

—¿Quién eres, entonces? Te pregunté, un poco receloso por tus modales. ¿*Estados Unidos*? ¿Cuba? ¿Jamaica?

Me respondiste, como si pudiera ser cierto, sin despegar los ojos de los garabatos de Careca:

—De África.

—¿De África?

—Sí, de África.

Todavía me desespera ese tono tuyo tan parejo, de quien pretende dominar todo, la cólera o el deseo de dinero, mujer o pleito.

—Y entonces, ¿por qué viniste?

—¡Ah! Vengo de África y punto.

—¿Sin ver Pitubá, Bonfim, el Dique de Tororó, las muchachas de la *ladeira* de la Praça? ¡Estás loco, hombre!

Habías tomado un cuarto en la Pousada Hildalina, la de la española, hasta arriba de la Rua do Alvo. Pero pasabas el día en el *largo* del Pelourinho, no regresabas más que para dormir. Eso me ponía nervioso:

—Hay mucho más que ver. Podríamos dar una vuelta por Santo Antonio o por la iglesia de Bonfim.

—¡*Não turista!* Tú naciste aquí. Para ti esto es cotidiano, esos balcones de hierro forjado, el jaspeado de los azulejos, esa multitud de techos puntiagudos o en domo, el perfil de las casas encaramadas cuya disposición me recuerda el fuelle de un bandoneón. No tengo ganas de visitar sino de sentarme y saborear...

Me hacía bostezar que me contaras esas cosas, pero te dejaba gozar, pues estaba seguro de que contigo tendría, por lo menos, para cenar.

—Bonfim es mejor aún. La iglesia es magnífica y hay muchachas en la playa.

Pero no. Te quedabas en el mismo lugar hasta que la sed se apoderaba de ti y regresábamos aquí para pasarles

lista a tus leyendas. No puedo decir en dónde, por vez primera, me hablaste de eso, del misterio de la *figa* y de los bultos que vinieron después. ¿En casa de Moreno o de Nilza? O en esa maldita noche en el Banzo, cuando bailabas de la misma manera *reggae* y *forö*, una pieza con Gerová y otra con la Reinha. Estabas tan borracho que buscabas cochinitas bajo los faldones de la Reinha. Luego, te sentaste en la *rocking chair* para hablar el resto de la noche. No entendí mucho, salvo que no eras el tipo que haría funcionar mi *business*. Los gringos, cuando todavía venían, no exigían nada especial: un *joint*, una *negrinha*, una vuelta por Itapõa y la partida estaba ganada. Esa noche en el Banzo, estuve a punto de darte una golpiza, a tal punto excedían mis fuerzas tus aires de pensador elevado. Pero, al mismo tiempo, me daba mucha risa ver que alguien tomara el bar por una residencia estudiantil. Sin duda, eso fue lo que me hizo abstenerme de romperte la nariz aquella noche en el Banzo o en casa de Nilza o de Dinha, no me acuerdo bien. Habíamos bebido mucho. Pues bien, mi desafortunado Escritore, cuando uno bebe tanto, no hay que perder el tiempo arreglando la historia. En ese caso, créeme, vale más hacer como Palito: masturbarse en la plaza, tirarse a una *negrinha* y pasársela bien. En cambio a ti, tu numerito era cultivar la diferencia, con aires de quien vive en la Tierra sólo para rescatar el alma de los demás, como ese pobre Samuel, pero más insoportable aún. Estabas tan convencido de ello que la gente te dejaba seguir, persuadida de que repetías un chiste. Y, para decirte todo, Escritore, te las arreglabas bastante bien en el arte de hacerte el payaso. Nunca había visto a nadie que manejara las ideas con tanta fantasía. Al principio te admiré por eso (y por el dinero, y los bocados que me dabas sin pedir nada a cambio). Tenías el don de exasperarme, pero frente a ti me volvía un poco tímido; yo que nunca me he reprimido para decirle sus cosas al mundo. Por eso, dejé pasar un buen rato antes de decirme a sacarte la sopa de una vez por todas. Fue en la *churrascaria* del Nissei, en la *ladeira* de la Praça:

—¿Vôce, jornalista?, ¿profesor? (No me atreví a agregar “payaso”). ¿Qué haces aquí?

—Tengo familia aquí. Vengo a buscarlos.

—¿Abuelos?, ¿sobrinos?

—Primos.

—¿En qué barrio viven?

—¡Ah, eso, amigo mío, te toca a ti decírmelo!

Y volviste a poner sobre la mesa el misterio de la *figa* y la extraña tribu de los hombres que el árbol mató. Luego, miraste la calle:

—¿Quiénes son esas personas?

—Sólo unos pobres idiotas que esperan el autobús para ir a la fiesta de Berimbepe. Berimbepe es la fiesta más bonita después de la de São João de Cachoeira y el carnaval, claro.

¡Ve tú a saber qué fue lo que dije! Te pusiste de pie y levantaste tu copa para decirle a todo el público:

—¡Aquí todo es carnaval: las iglesias, las conversaciones, el culo de las muchachas!

Y yo te dije: “¿También conoces Rio?” para desactivar la bomba.

—Conozco Rio y Belém y también un poco Manaus. Pero guardé todo mi entusiasmo para poder llegar aquí.

Al principio, te habías dejado atrapar por el encanto de otros mundos. Pero rápidamente agregaste que ello no era más que un estratagema para hacer más duradero el placer, en vista de que desde tu más tierna juventud habías consagrado tu alma a la conquista de esta ciudad. Era como un ardor en el vientre que habías paseado por muchos caminos. Al final te volviste a poner serio y empezaste a despostrar, como si pronunciaras tus últimas palabras. Hablaste de Cotonou, de Lomé, de Saint-Georges de Mina, de Dakar en donde estudiaste. Te dije:

—¡París! ¿Conoces París?

—Sí, estuve vagando entre Nation y Belleville.

Y yo, soñado:

—¡París, Yakarta, Bombay!

Pero tú contestaste:

—¡Rio! ¡*Riou dou Janeiro!* (para sentirte local) ¡Leblon, Catete, Lapa!

Me hablaste de Judith, la “*girl* de Tasmania”, que salvaste de unos ladrones de Lapa, que había llegado ahí hacía lustros para “unir las antípodas”, misma que se quedó al borde de las lágrimas cuando la dejaste por ir a Belém. Ahí, habías estado vagando entre el puerto y la Praça Dom Pedro II para revivir la leyenda de la ciudad del caucho que había hecho soñar a todos los amantes de la aventura, mucho antes de que aparecieran los presidiarios de Cayena y los legionarios de Saint-Georges del Moroni. Habías arrasado con todos los *barzinhos*, en donde las voces de los *seringueiros* no se callan jamás. Para seguir el ritual habías ido al mercado Ver-O-Peso a beber una caipiriña con frutos de *mari-mari* y pedido, con la rudeza necesaria, un gran plato de *açayi* a una abuela cabocla que tenía un ligero temblor en los labios. Y habías visto el río, más exactamente los relucientes tentáculos que va desplegando por millares y que se apretujan entre las islas. “Lagos, Ibadan, Takoradi, Non, Manaus, Goiânia, Ibarera, São Paulo, la italiana que tiene Bõa Vista por corazón, y su sabor de guayaba unido a la magia de Nápoles...”.

Mi memoria retuvo todo, todos tus hechos, todos tus gestos, pues me parecía completamente absurdo. Cuando te callaste, uno o dos chistosos fingieron aplaudir, como si tuvieran ante sus ojos a Castro Alves en persona. Habría podido ser incómodo en un restaurante japo pero, tengo que reconocerlo, actuaste muy bien. Como te salió bien, volví a preguntarte:

—¿*Professor?*, ¿*jornalista?*

—*Acho que actor ou escritore*, respondió en tu lugar el señor de la mesa de al lado. ¿Africano? ¡Brasil y África tienen tantas cosas en común! Somos como gemelos en los dos extremos del océano. Nada más que nunca nos hacemos caso. ¿Por qué?

Respondiste a quemarropa, era justamente la pregunta que querías que te hicieran:

—Por eso vine. ¡Hay que reparar esa anomalía!

Al día siguiente, me abrí con Preto Velho para tratar de saber más. Creo que fue mejor esconderte lo que dijo entonces de ti ese puerco mozambiqueño:

—¿Sigues persiguiendo todavía a ese fantasma con lentes? ¿Por qué mejor no le vaciaste los bolsillos mientras se emborrachaba frente a la mierda de Careca?

Preto Velho me estaba haciendo una pregunta que de alguna manera yo mismo me había planteado, pero que no podía confesarme. ¡Un ratero como yo, alerta, según dicen los que me enseñaron! Sí, de pronto me parecía curioso que nunca te robé ni un *penny*, ni te arranqué un botón, ni siquiera le eché el ojo a tu reloj. Más bien, mi presencia a tu lado disuadía a los colegas. Pero tú nunca dijiste gracias... Detesté a Preto Velho por lo que me dijo de ti. Estaba a punto de buscar una o dos cosas que contestarle cuando esa Rosinha salió de entre sus fogones:

—Yo sé todo. Vino a escribir un libro. Es lo que la gente cuenta en el Museo Afrobrasileño. No pongas esa cara. Cuando yo, Rosa, te digo algo, ten por seguro que primero lo verifico. ¿Quién vende los boletos en la entrada del Museo Afrobrasileño? Mi hermana Graçu, obviamente. Pregúntale a ella si quieres.

Preto Velho ya se había enojado.

—Escritor y estúpido, ¿por qué no maricón? Basta verlo de lejos para hacerse una idea. Para mí es de la misma calaña que ese bueno para nada de Careca. Anda, lárgate de aquí, espéralo afuera. Puedes entrar cuando llegue. Él, al menos, es un pendejo con el bolsillo repleto. ¡Vuélale el dinero en vez de estarte muriendo de hambre!

Al verte llegar, dije, para probarte:

—¡Buenos días Escritore! ¿Sigues sin querer dar la vuelta por las islas?

—Vine, primero que nada, para buscar a mis primos. Sólo te tengo a ti para ayudarme. ¿Quieres?, ¿me lo prometes?

Jugamos billar y volviste a jeringarme con tu historia de la *figa* y de Ndindi Gran Tormenta que creía poder vencer

la robustez del baobab. Noté, sin embargo, que no te desagradó que te llamara “Escritore”.

Entonces, te seguí diciendo así, sin saber nunca cómo te llamabas en realidad.